

MANUEL MORENO CAPA
SALVEMOS AL PAPA



KAILAS

KF1

Salvemos al Papa

© 2015, Manuel Moreno Capa
© 2015, Kailas Editorial, S. L.
Calle Tutor, 51, 7. 28008 Madrid
kailas@kailas.es

Diseño de cubierta: Rafael Ricoy
Diseño interior y maquetación: Luis Brea Martínez
Fotografía del autor: Pablo Moreno

ISBN: 978-84-16023-40-0
Depósito Legal: M-10912-2015

Impreso en Artes Gráficas Cofás, S. A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotomecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso por escrito de la editorial.

www.kailas.es
www.twitter.com/kailaseditorial
www.facebook.com/KailasEditorial

Impreso en España ☒ *Printed in Spain*

A Carmen y Manuel, mis padres

Los buenos (o casi)

1

HABÍA DÍAS EN los que apenas merecía la pena amanecer. Aún no había sonado el despertador, pero Andrés Tejedor apretó el botón rojo segundos antes de que el zumbido hiciera saltar su nervios. Su cuerpo, empapado de sudor, estaba adherido a la sábana desde los talones hasta la cabeza. Despegarse de allí iba a ser igual que quitarle el papel protector a una tirita. Realmente, él no era mucho más grueso que un papel a escala humana. De una delgadez casi enfermiza — aunque nunca en su vida había estado enfermo —, Andrés Tejedor recordó en un instante, como cada mañana, los datos básicos que dibujaban su magro perfil: funcionario nivel 29 por la gracia de Dios (ni siquiera había tenido que ganar unas oposiciones); sin amigos y sin familia; divorciado de una bruja; padre de un hijo tonto, con obesidad mórbida, que no era suyo, pero al que religiosamente había mantenido hasta que hacía poco el muy imbécil se ahogó en una piscina de olas; maniático del orden y de la limpieza... «Tengo que cambiar estas sábanas», pensó al interrumpir su repaso vital y mientras se alzaba de la cama entre chirridos del colchón y de sus propios huesos.

«¿Cuarenta y cinco? No, joder, cuarenta y seis...». No sabía por qué, pero últimamente siempre pensaba en su edad, pese a que hacía ya meses que había pasado su último cumpleaños sin pena

ni gloria, igual que los cuarenta y tantos anteriores. En realidad, no se acordaba de ningún cumpleaños agradable, de ningún regalo que realmente le hubiera gustado, de ninguna felicitación cariñosa de nadie. No recordaba a su madre, que murió, según la lengua de víbora de su tía, como consecuencia de las continuas palizas de su padre, que un par de años después, cuando salía borracho en su Seiscientos de un bar de carretera, se estampó contra un castaño justiciero. Al menos eso le habían contado los avaros e hijos de puta de sus tíos, con quienes se había criado en aquel apestado pueblo polvoriento de La Mancha («hay que limpiar el polvo de la sala», recordó mientras la atravesaba camino del baño). Aguantó allí hasta que pudo escapar camino de un seminario en Toledo que abandonó en cuanto encontró un trabajillo de chico para todo con un abogado que le tomó cierto afecto. Tanto que, cuando se trasladó a Madrid, se llevó con él al «flacucho listillo», como le llamaba (lo recordó una vez más al ver su silueta apenas reflejada en el espejo empañado del baño). Aquel leguleyo le animó a matricularse en Derecho, carrera que terminó a trancas y barrancas, entre borracheras solitarias y sin comerse una rosca. Pero, como no le faltaban ni habilidad ni recursos memorísticos, superó a decenas de aspirantes en varias pruebas para cubrir un puesto eventual en el Ministerio de Defensa. Estuvo allí de chupatintas un par de años, hasta que se dio cuenta de lo fácil que era demandar al ministerio por las continuas irregularidades en los contratos que le hacían... máxime teniendo en cuenta que él trabajaba precisamente en el ineficiente y chapucero Departamento de Personal. Tras ganar el pleito, tuvieron que reconocerle la plaza, la antigüedad y el rango. Después le fue fácil ascender, sobre todo, tras enrollarse con una chica tan flaca como él, que, no casualmente, era hija de uno de los más altos cargos de su departamento, y a la que conoció en los pasillos una de las tardes en que ella esperaba a su señor padre. Se casaron a los pocos años, tras su primer ascenso motivado tanto por sus méritos como por el buen hacer de su inminente suegro, porque Tejedor era tan buen trabajador como pelota. Y ella se quedó embarazada casi en tan poco tiempo como el que tardó en sen-

tirse desilusionada con su matrimonio. Nada más nacer el niño, aquella zorra le confesó que el padre era uno de sus innumerables amigos pijos de su pandilla de ICADE. Y a medida que el chaval crecía, saltaba a la vista que, con aquel lustre y aquella vistosa melena rubia (que la madre hacía refulgir aún más con continuos baños de camomila), no podía ser hijo de un hombre delgado, moreno y ya de penetrantes entradas (mientras se afeitaba frente al espejo, se pasó la mano por su cabeza limpia de pelo, satisfecho de la decisión que tomó hacía un par de años: rapársela casi al cero, algo que incluso le hacía sentirse más a la moda). No tardaron mucho en divorciarse, casi lo mismo que ella en estallar: la chica de delgadez extrema se convirtió en una persona tan gorda como su hijo, y como el padre de este, con quien al final se fue a vivir. Mientras, con mano temblorosa, el funcionario sacaba del microondas la taza de leche, sintió una leve punzada junto al corazón que convirtió en una mueca la sonrisa que se le venía a la cara siempre que recordaba que el PPS, «puto pijo seboso», el sujeto que le había puesto los cuernos, había fallecido de un infarto hacía un par de meses.

Pasado el instante de desconcierto, Tejedor volvió a sonreír mientras apuraba a pequeños sorbos su vaso de leche con Cola-Cao. Se sentía un mierda, un fracasado y un desgraciado, sobre todo ahora que los continuos puteos del enano de su jefe se estaban haciendo insoportables. Pero lo cierto era que todas las personas que de un modo u otro le habían jodido habían acabado mucho peor que él. Incluso los rácanos de sus tíos, que le habían malcriado y peor alimentado entre gruñidos, con quienes las tripas le crujieron de hambre y el pellejo de frío, porque eran tan agarrados que nunca quisieron comprar siquiera una miserable estufa de butano para calentar una casona enorme de la que apenas usaban una parte. Permanecían siempre encerrados en una misérrima cocinucha en la planta baja, en la que fueron encontrados hacía dos años resecos como momias por culpa del tufo de un brasero. No es que él se alegrara del fallecimiento de los únicos parientes que tenía, aunque sí reconocía que le había hecho mucha gracia descubrir que era el solitario heredero de la

pueblerina fortuna de los difuntos. No habían hecho testamento (seguramente también por ahorrarse el notario), pero a él no le costó mucho hacer valer sus derechos y embolsarse unos cuantos millones (de pesetas, no de euros) que le permitieron terminar de pagar la hipoteca de su apartamento e incluso mandar a la chatarra su decrépito Seat Toledo y darse por fin un capricho en la vida: comprarse un estupendo Mercedes Clase C. No le llegaba el dinero para el Clase E, que era el que le gustaba, pero no le importó: «Lo quiero con la estrella sobre el radiador, no con esa estrella grandota pegada sobre la rejilla», había dicho en el concesionario sin atender apenas al resto de las características, que le daban igual mientras pudiera ver la estrella sobre el capó. Un coche que mantenía siempre impoluto por dentro y por fuera. Total, odiaba viajar y apenas usaba el Mercedes más que para ir al trabajo. Antes iba en metro, pero ahora le daba gusto estacionarlo junto al aparatoso pero ya algo anticuado Range Rover de su jefe, que siempre estaba aparcado allí, pues el enano no se bajaba nunca del coche oficial y solo utilizaba aquel todoterreno para ir de cacería. Su puto jefe, «el gran pequeño cazador blanco», recordó Tejedor con amargura, justo cuando daba marcha atrás con cuidado para dejar perfectamente centrado el coche entre las dos líneas blancas de su plaza de garaje.

Mientras se ajustaba el nudo de la corbata en el espejo del ascensor («parezco un puñetero dependiente de grandes almacenes»), pensó en que cientos, miles, quizás millones de funcionarios de Defensa del mundo occidental hacían el mismo gesto a esa misma hora... aunque esa mañana había llegado un poco antes de lo habitual, porque «el Cani» ☒ como apodaban al «mediometro» del director general, otro enano como su jefe directo☒ había convocado una reunión de emergencia de ese fantasmal Comité de Coordinación Conjunta Antiterrorista Internacional (CCCAI, pronúnciese «Cececai») que nunca antes se había reunido desde su fundación y en el que, sin saber bien por qué, Andrés Tejedor había sido incluido muy a su pesar, porque no sabía nada de terrorismo internacional, nacional o doméstico, y ni siquiera hablaba inglés ni ningún otro idioma salvo un

español de andar por casa («¿cuál fue el último libro que leí? Sí, aquel de intriga...»). Lo peor era que le habían dicho que al Cani le llamaban así por tres razones: la primera, por canijo; la segunda, porque era un auténtico can en miniatura, un genuino perro de presa hasta por sus facciones, que recordaban a uno de esos horribles dogos franceses, retacos, chatos y de orejas puntiagudas que se habían puesto tan de moda; y la tercera porque, también por su achatada cara de chucho y sus ademanes, recordaba el papel de gánster que bordaba en sus películas James Cagney («Cagñi», «Cañi» o «Cani», según la pericia idiomática de quien pronunciara ese nombre en inglés castizo).

Menos mal que, hasta ahora, el funcionario nivel 29 Andrés Tejedor no había tenido que hacer nada en el «puto Cececai» y seguía con sus habituales, tediosas y crecientemente insoportables labores burocráticas en el Departamento de Personal, el mismo al que llegó hacía ya dos décadas y en el que había soportado a «cinco, no, a seis» jefes sucesivamente más bajitos y más hijos de puta. La verdad era que a Tejedor, que superaba el 1,90, casi todo el mundo le parecía bajito, pero algunas personas se empequeñecían aún más a su vista cada vez que le puteaban, que se metían con él, aunque tenía siempre la sensación de no haber hecho nada para merecerlo. ¿Acaso tuvo la culpa de que le ascendieran por casarse con la hija del jefe, lo que le valió el apodo de Tejedor «el Trepador»? ¿Acaso fue responsable de que, tras su divorcio, le puteara el mismo jefe que había promovido su ascenso, lo cual se volvió en contra de su exsuegro, pues Tejedor le sembró de tantas minas el departamento que acabó quedándose con su puesto? ¿Por qué injusto motivo se ganó nuevas envidias al ascender a costa de su antiguo benefactor, si lo había hecho en legítima defensa? ¿Por qué un nuevo alto cargo que le impusieron en un inesperado cambio de organigrama decidió vengarse y la tomó con él? Una vez más, tuvo que defenderse de aquel individuo, que, con bastante mala leche, a veces le llamaba directamente Andrés Trepador para rectificar siempre con una fingida disculpa, «perdón, Tejedor, Tejedor... es que se me va la cabeza», decía el maricón. Cierto es que a Tejedor le acusaron de

las filtraciones a la prensa en las que se mostraba la afición de aquel alto funcionario a pasar como gastos de viaje y representación abultadas facturas que en realidad correspondían a viajes de placer, que, para más inri, no hacía con su esposa y sus siete hijos («serán los siete enanitos, no te jode»), sino con uno de sus adjuntos, con quien poco después compartió un discreto «apartamiento» del cargo, tras haber compartido durante años un discreto apartamento por horas, pagado, cómo no, a cargo del ministerio. Pero nadie podía acusar a Andrés Tejedor de los descuidos que acabaron con ambos funcionarios en lejanos consulados (uno en Ruanda y otro en Kirguizistán), ni de que después llegara otro jefazo, como de costumbre más bajito que el anterior, que, tras ser informado de la habilidad del Trepador para pulirse a sus superiores, le arrinconó en el despacho más oscuro del departamento (su ventanuco daba al mismo patio interior que ventilaba los servicios de caballeros). Aquel desgraciado, por suerte, se jubiló pronto. Su sucesor, informado de que Tejedor debía seguir en el cuarto oscuro y encargado de las más oscuras tareas, también fue efímero, arrastrado por un cambio de gobierno. Pero el peor de todos, el más pequeño en estatura y en humanidad, era el actual, que había sacado a Andrés Tejedor del infame despacho para hacer de él lo peor que se puede hacer a un subordinado: nombrarle adjunto al jefe. Es decir, un títere en el que descargar toda la basura, a quien se puede llamar a cualquier hora del día y de la noche, a quien se le pueden pedir mil favores que solo se recompensan con palmaditas, buenas palabras y entradas a espectáculos o invitaciones a cócteles coñazos a los que el mandamás no puede ir. Encima de cargar con tanta mierda, el sufrido adjunto siempre le tiene que estar agradecido al jefazo por el ascenso y por darle un despacho luminoso, amplio y, en este caso, con hermosas vistas a la Castellana. Al entrar en él recordando lo patético de su vida y lo lamentable de su reciente ascenso laboral, cerró con tal fuerza la puerta que su secretaria, que estaba dentro dejando la prensa y papeles sobre su mesa, dio un respingo. «¡Qué susto me ha dado, don Andrés!», dijo con aquella caricaturesca voz de secretaria perfecta, mientras trotaba hacia él sobre sus exagerados tacones,

moviendo su exagerado culo y sus aún más exageradas tetas. Rubia teñida, carirredonda, repuinada, repintada, solterona y, cómo no, bajita, había tenido con ella un breve roce durante un viaje oficial, en el que, achispados, acabaron en la misma habitación de hotel e iniciaron un torpe juego erótico que acabó tan pronto como ella se quedó dormida, despatarrada sobre la cama, medio desnuda, con la boca abierta y roncando, mientras él la magreaba e intentaba abarcar con sus huesudos dedos aquellos pechos inacabables. Tras descubrir que sus masajes eróticos habían provocado en la dama el efecto contrario al beso del príncipe sobre la Bella Durmiente, él salió tambaleándose de la habitación, tardó un buen rato en encontrar la suya y, cuando lo hizo, se pasó media hora vomitando en la taza del váter. Nunca volvieron a hablar del tema, pero, desde entonces, ella, sin abandonar el tono excesivamente servicial, le trataba con cierto desparpajo y se tomaba la libertad de desaparecer siempre que quería y volver al despacho cargada de bolsas, de demorarse más de la cuenta en cualquier trabajo o de tomarse días libres sin consultarle, aunque siempre avisaba la tarde antes, y él asentía todas las veces pacientemente con un «muy bien, Mari Puri». Hasta su nombre le repateaba. ¿Acaso no podía haberse llamado simplemente María, Laura o Pilar? No. La GGC, «gorda grasienta de los cojones», tenía que llamarse Mari Puri.

☒ Le recuerdo que dentro de media hora tiene la reunión del Cececai ☒ dijo la secretaria con su tono cantarín.

☒ Muchas gracias ☒ contestó él, mientras veía cómo aquel culo oscilante («con un par de intermitentes, parecería una furgoneta») abandonaba su despacho y, como de costumbre, dejaba la puerta entreabierta, lo cual le obligaba a él a levantarse y cerrarla con cierto disimulo, aunque en lo más bajo de sus más bajos instintos le hubiera apetecido gritarle a aquella zorra: «¡Vuelva aquí, cierre la puta puerta y póngase a cuatro patas, que le voy a enseñar yo...!»». Menos mal que, como siempre, pudo contenerse y volver a hacer lo que mejor hacía en la vida: disimular. Sobre todo ahora, cuando cada minuto que pasaba allí tenía que disimular su rencor hacia aquel jefe ☒ el director general don Ma-

riano Cortés Encinar, el PTB, «puto tonto bajito», también conocido como «Marianín» que le había nombrado adjunto y al que no le había hecho gracia que el «súper director general», don Jaime Urquijo de la Mora, el Cani, hubiera incluido a Tejedor en el famoso comité de las narices. Pese a lo cual, Cortés felicitó a su adjunto, para a continuación recordarle que, además de lo que tuviera que hacer en el comité, era prioritario que esa misma semana (y ya estábamos a martes) terminara los expedientes 12/2013 y 13/2013, dos auténticos coñazos sobre pensiones pendientes para familiares de militares de origen latinoamericano. Tejedor miró asqueado las dos carpetas, que ya acumulaban algo de polvo, y se abstuvo siquiera de tocarlas. Llevaban más de un mes sobre la esquina de su mesa y allí seguirían por obra y gracia del Cani y del Cececai. Ya se las arreglaría él para decirle a su jefe directo que el «súper director general» Urquijo le había exigido dedicación exclusiva en el famoso comité, por lo que los expedientes 12/2013 y 13/2013 deberían tramitarlos algunos de los ineptos miembros del departamento. Como, en opinión de Tejedor, todos aquellos cerdos que le llamaban Trepador eran igual de ineptos, daría lo mismo quién se comiera el marrón mientras que se lo tragara hasta bien dentro.

Mari Puri volvió a entrar taconeando (y, como siempre, sin apenas golpear con sus nudillos la puerta), le dejó con una sonrisa el habitual café con leche muy corto de café y con mucho azúcar, viró en redondo, le mostró la popa con un movimiento que a él siempre le parecía un respingo (aunque en realidad fuera involuntario y únicamente motivado por el excesivo volumen de aquel culo ingobernable) y volvió a salir del despacho dejando de nuevo la puerta entreabierta. Esto obligó a Tejedor a levantarse otra vez, avanzar con los hombros caídos y arrastrando las piernas, cerrar con disimulo y mientras volvía a pensar en el juego que daría aquella fulana a cuatro patas retornar hasta su sillón. Ya aposentado, se dispuso a repasar la prensa, a tomarse el cafetito, a esperar la hora del comité y a soñar con cruzarse por el pasillo con esa morena tan compacta como apetecible que trabajaba en la «planta noble» y que caminaba con tanto aplomo, con su

coleta agitándose rítmicamente de izquierda a derecha, que parecía decir: «Apartaos de mi camino y no oséis siquiera mirarme o moriréis». Él intentaba siempre mirarle a los ojos, pero, cuando estaban demasiado cerca, acababa desviando la vista hacia otro lugar mientras ella pasaba a su lado con tal determinación que él sentía el mismo impacto de viento lateral que hace temblar a un utilitario cuando se cruza con un autobús a toda velocidad. Sin atreverse a girar el cuello para comprobar si efectivamente la popa de la chica era tan prometedoras como su proa, todo lo más que conseguía era aspirar el ligero aroma de una colonia quizás demasiado masculina para tal hembra. Pero aquella mañana, cuando salió del despacho camino del Cececai, no se encontró a la joven donde solía, sino bastante más abajo.

2

Cada día es un combate. ¿Contra quién? Julia Montenegro no acababa de definir enemigos particulares. Era más bien un «yo sola contra el mundo». Número uno de su promoción en la Academia de la Policía Nacional en Ávila; innumerables cursos en el extranjero; inglés perfecto y francés aceptable; incontables medallas en las más diversas modalidades de tiro (tanto en competiciones internacionales como en pruebas internas en el cuerpo); cinturón negro de kárate logrado tras muchos años de entrenamiento en uno de los mejores *dojos* de Madrid; un sinfín de condecoraciones por sus intervenciones en la lucha contra ETA y, durante los últimos años, un brillante expediente en diversas misiones internacionales desde el Ministerio de Defensa (adonde había sido trasladada por su espectacular currículum), en colaboración con los servicios de inteligencia de diversos países... Se había levantado a las cinco y media de la mañana para estudiar toda la documentación reciente sobre terrorismo internacional que pudiera tener algo que ver con ese hasta ahora ignoto Comité de Coordinación Conjunta Antiterrorista Internacional (CCCAI, pro-

núnciese «Cececai») al que había sido adscrita hacía meses pero que aquel día celebraba su primera reunión. Como acabó pronto sus indagaciones (era igual de rápida y eficaz para casi todo), se dedicó a navegar sin rumbo por la red mientras la cabeza le daba vueltas, como siempre, a su principal tema vital: su interminable soledad. Acababa de volver de Tel Aviv lamentando una vez más no haberse puesto suficientemente a tiro de aquel tío bueno del Mossad, en los «treinta y tantos casi cuarenta», como ella, delgado pero fibroso, como ella, no muy alto pero tampoco bajo, como ella, pelo rizado y negrísimo... como el de ella hace años (antes de que el inevitable tinte conviviera con sus primeras canas). Era un israelí de padres argentinos con el que ya había coincidido en un par de ocasiones anteriores. Hacían muy buenas migas, aunque a ella le molestara su acento de tango y una cierta chulería en la mirada que parecía decir: «*Conosco* a las mujeres como vos, *querés* tener siempre *rasón* y no *aceptás* un no por respuesta ni nada que no sea *dedicación* exclusiva, *¿viste?*, pese a lo cual no me importaría nada acostarme con vos y *mostrate* que hay más cosas en la vida que el expediente y la carrera». Pero Julia Montenegro tenía muy claro, quizás demasiado claro, que efectivamente había pocas cosas en la vida, si es que había alguna, que merecieran más la pena que ser la número uno en todo. Si entre esas pocas cosas podían estar los hombres era algo que apenas había podido comprobar. Desde siempre había puesto el listón tan alto que muy pocos aspirantes osaron siquiera intentar superarlo. Bueno, uno sí lo hizo (lo intentó y por algunos momentos lo superó), ese chico universitario que, cuando ella terminó en la academia, conoció en uno de los innumerables cursos con los que completó su formación. Se parecía al tío bueno del Mossad y también a ella, salvo en una cosa: se mostraba excesivamente frío y distante frente a todo, menos frente a ella. Pero, también como el israelí, rápidamente comprendió que Julia Montenegro era mucha Julia Montenegro. La pena era que seguramente ese chico, del que sobre todo admiraba su inteligencia y su eficiente calma (mientras que ella era, y seguía siendo, puro nervio y desenfrenada hiperactividad), sí hubiera superado fácilmente el

listón, se hubiera casado con ella, le hubiera hecho un par de hijos, que ahora serían brillantes adolescentes, y siempre hubiera estado a su lado. Pero el chico (se negaba a sí misma acordarse de él por su nombre de pila) se acojonó a última hora. O simplemente reflexionó con su habitual frialdad. El aspirante a marido perfecto de la mujer perfecta pidió un «tiempo muerto». Julia no se lo dio, estuvo tres días resistiéndose a llamarle por teléfono para darle una segunda oportunidad, y, cuando lo hizo, él se había marchado al extranjero y ella no intentó seguir su rastro, quizás esperando, en vano, que antes o después volviera rendido a sus pies. Pero él nunca volvió.

Desde aquella experiencia, la vida sentimental de la agente especial Montenegro (era el cargo que ahora tenía en Defensa, además de mantener el de comisario jefe en Interior) había sido prácticamente nula. Algún escarceo, que casi nunca llegaba a nada, con tipos que le presentaban sus no muy numerosas amistades; algún polvo esporádico, casi siempre en el extranjero, con gente que conocía en sus cursos o en sus misiones, pero nada de nada en definitiva. Ya casi había renunciado a encontrar una relación estable. Los pocos hombres que se le acercaban, rápidamente quedaban descatalogados porque Julia Montenegro nunca era capaz de encontrar al sujeto perfecto, al varón rampante que pudiera ser su igual y responder a todas sus expectativas. En algún momento pensó que no le gustaban los hombres, e incluso conoció a una lesbiana que le hizo algo de tilín... pero que acumulaba tantos o más defectos que cualquier hombre («a lo mejor por eso era lesbiana»). Así que Julia llevaba meses en «tiempo muerto», cada vez más centrada en el trabajo, en el kárate, en las prácticas de tiro... y ahora esperaba centrarse en ese curioso comité dirigido por uno de los tipos más legendarios del ministerio: un director general con poderes especiales y parecido a James Cagney que, curiosamente, le recordaba a sí misma no ya en el físico, sino más bien en la mirada y en la determinación. Apenas había hablado con él un par de veces cuando fue adscrita al comité, y pese a ser un tío bajito, diez o quince años mayor que ella y con ligera cara de pequeño bulldog, estaba deseando trabajar

con él. Decían de Jaime Urquijo que llevaba años sobreviviendo a los diversos cambios de gobierno porque todos los ministros y secretarios de Estado para los que había trabajado comprendían rápidamente que era imprescindible y eficazísimo en su especialidad, aunque muy pocos supieran muy bien cuál era, porque su estilo de trabajo era formar equipos específicos para cada labor, que luego disolvía con rapidez. Se decía que reclutaba siempre a los mejores para cada tema, pero que después prescindía de ellos y conseguía que volvieran a sus antiguos puestos, o a otros diferentes, tras exigirles la máxima discreción sobre las actividades bajo su mando. Mientras salía de la ducha y secaba con vigor su cuerpo bastante más escultural de lo que parecía vestida («¡qué desperdicio!», pensaba siempre con amargura al mirarse desnuda en el espejo), sintió que le apetecía mucho ponerse a las órdenes de ese sujeto con ligeros ademanes de gánster e incluso probar si, pese a su edad, demostraba en la cama una desenvoltura y habilidad semejantes a las que lucía en sus actividades profesionales. Pero, como siempre que pensaba en el sexo, le vino a la mente que tenía que telefonar a su madre antes de que ella comenzara a hacer vibrar insistentemente su móvil, como cada mañana que Julia Montenegro se retrasaba en sus obligaciones familiares.

Pese a que su madre era una plasta, Julia sentía por ella... no amor, pero sí un inmenso cariño. No podía menos que reconocer que no hubiera llegado tan lejos sin su apoyo, y no solo económico (al terminar la carrera le había regalado su actual piso y le había ingresado una suma considerable en el banco), sino también moral y afectivo, aunque este último casi siempre en la distancia, pues «Julietta» (durante toda su infancia odió que todo el mundo empleara con ella ese estúpido falso diminutivo) se crio en manos de una solícita chacha, mientras su madre no paraba de viajar debido a sus innumerables negocios. Evelina García de Montenegro siempre utilizaba sus apellidos «mexicanos», como ella decía, porque se casó con un magnate azteca al que conoció en París, pero que falleció pocos días antes de que su hija naciera.

Doña Evelina era todo un personaje. Aunque rica, siempre había querido que su hija no se quedara en el papel de heredera, sino que se convirtiera en una profesional y empresaria de éxito, como ella misma, que se había enriquecido primero con «negocios *import-export*» (como la propia Evelina repetía con un inglés de andar por casa) y después con su afortunado matrimonio con el empresario mexicano. Torció un poco el gesto cuando la niña dijo «mamá, quiero ser policía», pero lo enderezó pronto al comprobar que su «*amadísssima* Julieta», a la que en realidad había tratado demasiado poco y demasiado de lejos, sacaba adelante con notorio éxito su carrera e iniciaba un rápido ascenso en el cuerpo. Pero no dejaba de ser una madre angustiada por el peligroso oficio de su hija (en la época de su mayor actividad contra ETA, Julia tuvo que cambiar sus números de teléfono y se negó a decirle a su madre durante varios meses dónde estaba viviendo y qué estaba haciendo, lo cual, por lo demás, le resultó un alivio, al liberarse de sus continuas e interminables llamadas). Doña Evelina ahora estaba más relajada ante el nuevo estatus de su hija, agente especial siempre en misiones internacionales, pero no dejaba de repetirle que tuviera cuidado con «los de Bin Laden» («que yace en el fondo del mar», le recordaba Julia), «los del IRA» («que ya se han disuelto, mamá») y «los del KGB» («que esos ya no existen», repetía Julia con paciencia, a lo que su madre respondía: «Sí que existen, solo que han cambiado de chaqueta y ahora están en los gobiernos y en las Bolsas, así que son todavía más peligrosos que antes», y a eso, la verdad era que Julia tenía poco que objetar). Pero de poco le valían a la buena señora las explicaciones de que ahora la labor de su hija era básicamente actuar de enlace con servicios extranjeros, o realizar investigaciones puntuales que nunca le exigían, como antaño, intervenciones sobre el terreno. Ni siquiera tenía necesidad de ir armada... aunque, cuando se movía por España, siempre llevaba al cinturón su Sig Sauer de 9 milímetros, además de una pequeña Walter de 6 milímetros en el bolso, y no dejaba de tomar precauciones como reflejo, y consecuencia, de sus años de lucha contra el terrorismo interior.

Julia marcó el teléfono de su madre mientras desayunaba (fruta, cereales con leche y, para terminar, más fruta, pero esta vez en forma de combinado de zumos) y una vez más se dispuso a escuchar la interminable retahíla del parte de sus consultas a los más diversos doctores privados (doña Evelina estaba sanísima, quizás porque siempre hacía «visitas preventivas al médico»), de las charlas y cotilleos con sus amigas, de las conferencias a las que había asistido, de los cócteles en los que se había negado a aparecer... todo ello seguido de las habituales recriminaciones cariñosas del estilo de «¿vas a venir a verme antes del sábado?» o «¿tienes algún amigo nuevo que merezca la pena, Julieta querida?». Así pasaron diez minutos de conversación o, más bien, de monólogo materno (para aprovechar el tiempo, Julia ponía en manos libres el inalámbrico mientras deambulaba por su piso «demasiado grande para una soltera» y daba los últimos toques a su vestuario antes de salir de casa). Cuando por fin se interrumpió la charla con el inevitable «no dejes de llamarme luego, cariño», comprobó que la funda de la pistola apenas se le notaba bajo la chaqueta del traje sastre negro, que dejaba desabrochada para mostrar una elegante blusa blanca. Se cambió una vez más de zapatos (era el tercer par de la mañana) y se puso unos también negros pero con algo más de tacón. Tomó el bolso, revisó su interior, se retocó el pelo cuidadosamente recogido en una larga coleta y comprobó que todo en su imagen lanzaba un mensaje de elegante pero implacable eficiencia. Salió de casa y bajó como siempre los seis pisos por la escalera, miró instintivamente a ambos lados del portal antes de pisar la acera y decidió que hoy iría por el trayecto B, es decir, a la izquierda, a la derecha y luego otra vez a la izquierda, para rodear tres cuartos de la plaza en sentido contrario a las agujas del reloj antes de encaminarse por fin a la entrada de uno de los dos aparcamientos (el otro estaba a cuatro manzanas de distancia) en los que, indistintamente y nunca con un patrón lógico o repetido, guardaba su algo anticuado pero eficaz A6 blindado que había comprado de saldo al propio ministerio. La verdad era que aquel monstruo con más caballos que una

película de vaqueros devoraba una barbaridad de gasolina, pero ella tenía bastante margen para pasar buena parte del consumo como gastos oficiales. Era uno de sus privilegios como agente especial, aunque hasta ahora el adjetivo «especial» no se justificaba por el tipo de trabajo realizado, más bien rutinario e incluso protocolario, lo cual no evitaba que se reflejara en un estatus privilegiado (dependía directamente del secretario de Estado), una buena prima sobre su salario de comisario jefe y unas inmejorables condiciones laborales en las que no faltaban abundantes salidas al extranjero, algo ideal para que una mujer solitaria como ella encontrara algún entretenimiento.

Mientras pilotaba los cinco metros de Audi como si fuera un GTI, entre unas calles que comenzaban a llenarse de tráfico, no dejaba de pensar en que aquel podía ser el día en que comenzara una nueva etapa de despegue profesional y, por qué no, incluso personal. Aquel James Cagney de Chamberí (sabía que era vecino suyo, de un par de manzanas más arriba en su misma calle) resultaba quizás el sujeto más interesante que había conocido desde aquel chico... «Lorenzo se llamaba». Era la primera vez en mucho tiempo que no se resistía a acordarse de él por su nombre.

3

Había utilizado tantos nombres que algunas mañanas le costaba recordar qué documentos debía llevar encima. Las cinco uves dobles ☒ «*Who? What? Where? When? Why?*»☒ que había aprendido en un libro sobre periodismo le ayudaban a recordar quién debía ser, qué debía hacer, dónde debía ir, cuándo y por qué. Así se centraba en el personaje que le tocaba representar cada día. Pero el verdadero problema era su auténtico personaje: últimamente se había sentido tan estresado (¡él, a quien en otros tiempos sus amigos llamaban «el Témpano»!) que algunos días, como aquel, se levantaba de la cama sin acordarse siquiera de su